



DIMITRI TILLOI-D'AMBROSI

24
HORAS
EN LA
ROMA
DE
NERÓN

UNA INMERSIÓN EN LA VIDA COTIDIANA
DE LA CAPITAL DEL IMPERIO

CRÍTICA

Dimitri Tilloi-d'Ambrosi

24 horas en la Roma de Nerón



Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2024

*24 horas en la Roma de Nerón. Una inmersión en la vida cotidiana
de la capital del imperio*

Dimitri Tilloi-d'Ambrosi

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *24 heures de la vie sous Néron*

© Presses Universitaires de France / Humensis, 2022

© de la traducción, Silvia Furió, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-604-0

Depósito legal: B. 19.023-2023

2024. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



1

Desde lo alto del Palatino...

Nerón, un príncipe Julio-Claudio en su palacio

El barco en el que viaja Aniceto rumbo a Roma desde Miseno, localidad situada al norte de Nápoles, llega por fin a Ostia, puerto de la capital. Desde allí, se dirige apresuradamente a la Ciudad Eterna. El día anterior, una misiva firmada por el emperador le instaba a presentarse lo antes posible en su morada. El tono urgente de la carta dejaba entrever cierta gravedad que no cesa de inquietarlo. Mientras bordea las márgenes del Tíber, la cima del Palatino emerge poco a poco al sol matutino que corona la capital. De todos los lugares de Roma, la colina del Palatino, donde residen los emperadores desde Augusto, es sin duda alguna el que mejor conoce Aniceto.

LA EMINENCIA GRIS DE UN TIRANO

Como liberto imperial eminente, Aniceto es uno de los personajes imprescindibles de palacio. Es conocedor de las intimidades del príncipe y testigo privilegiado de los arcanos del poder. Su puesto de prefecto de la flota de Miseno muestra la estima que le profesa Nerón, ya que esta función suele confiarse normalmente a los ecuestres o caballeros, una categoría superior de ciudadanos junto con los senadores. Con la flota

establecida en Rávena, estos escuadrones de navíos tienen por misión garantizar la seguridad en el Mediterráneo, si bien en la época de Nerón las amenazas se han atenuado considerablemente desde el final de la República.

A partir del reinado de Claudio (41-54), los libertos del príncipe han gozado de una posición creciente en la corte, hecho que no deja de suscitar cierta animosidad hacia ellos por parte de las élites tradicionales. Además, la implicación de Aniceto en los trabajos sucios de Nerón no hace más que reforzar la mala reputación que pesa sobre él, especialmente después de la muerte de Agripina.¹ Algunos de ellos, como Narciso, Palas o incluso Calisto, estuvieron estrechamente implicados en las intrigas del poder y acumularon considerables fortunas. El propio Nerón quedó profundamente prendado de la liberta Actea, que estuvo presente en el momento de la muerte del emperador. Ella misma se ocupó de la organización de las exequias del príncipe, que acababa de suicidarse en mayo del 68.

Los vínculos que unen a Aniceto y a Nerón se fueron tejiendo a lo largo de la infancia del príncipe. Este último tuvo una juventud difícil, sobre todo cuando su madre Agripina fue enviada al exilio durante el reinado de Calígula (37-41). En la mañana del año 62, esta relación de confianza está a punto de ponerse a prueba por las maquinaciones de Nerón. El emperador se dispone a reunir a amigos, caballeros y senadores para el consejo que convoca de forma periódica con el fin de que lo ayuden a gobernar. Aniceto se ha hecho anunciar por un esclavo del emperador, que desea conversar con él en la más estricta confidencialidad. Nerón parece presa de una gran agitación cuando Aniceto entra en el salón donde le espera el emperador.

Desde la muerte de Agripina, el príncipe vive en constante temor. Teme sobre todo a los dioses. Una vez más, no

le queda otra elección que eliminar el obstáculo que se yergue ante sus ambiciones y sus deseos: su esposa Octavia. Es más, esta se ha convertido en una enemiga a sus ojos, en la medida en que le impide unirse plenamente a Popena. Nerón, bajo tortura, ya había tratado de hacer hablar a algunas de sus sirvientas con el fin de cubrirla de oprobio y justificar así su proyecto de divorcio. No obstante, la fidelidad de estas fue más fuerte que los sufrimientos infligidos y no cedieron en nada, decididas a defender la virtud de su señora.²

Pese a haberla relegado a la Campania y a buen recaudo, a Nerón le inquietan los favores de que goza Octavia entre la gente del pueblo. Parece más prudente llamarla de nuevo a Roma. Sin embargo, Popena no puede soportar más la sombra de la esposa legítima del emperador y le exige que se deshaga de ella por todos los medios. No duda en excitar el miedo que habita en él y que le hace ceder fácilmente cuando su poder o su autoridad se ven amenazados. Para los autores antiguos, eso es precisamente lo que caracteriza a un tirano, el empleo de la fuerza como escudo frente a este sentimiento que conduce con tanta facilidad a la *hybris* y al crimen.

Este temor ha empujado a Nerón a maquinar un plan destinado a apartar a Octavia, motivo por el cual ha mandado llamar a Aniceto a esta hora tan temprana. El príncipe acoge al poderoso liberto con un aire grave. La impopularidad del antiguo esclavo constituye el instrumento ideal de la estrategia para desembarazarse de su esposa.³ Nerón no deja de recordarle los inmensos servicios prestados con ocasión de la eliminación de su madre, un gesto que permitió garantizar la supervivencia del emperador y de Roma, como asegura, en todo caso, el discurso oficial. Esta vez no habrá que recurrir a la violencia, porque bastará solo con su confesión: tendrá que reconocer, ante las personas más próximas a Nerón, que es

culpable de mantener relaciones con Octavia. El momento de la revelación ya se ha elegido: un banquete organizado por la noche, en el que las lenguas se desatan fácilmente gracias al vino.

Las consecuencias serán inmensas. Octavia podrá ser repudiada con toda legitimidad, cosa que despejará el camino a Pópea. En cuanto a Aniceto, no tendrá más remedio que sufrir el exilio con el fin de dar crédito a esta puesta en escena. Este tipo de condena es frecuente para los miembros de la familia del príncipe o de la corte, a quienes por la distancia de la capital les impide causar cualquier perjuicio. Antes del acceso de Nerón al poder, Séneca y la propia Agripina fueron víctimas de semejante castigo. El filósofo estoico fue enviado a Córcega, pero el destino de Aniceto será Cerdeña, una vez hecha pública la revelación. Para desterrar cualquier inquietud, Nerón le garantiza un retiro dorado en la soledad de esta isla y enormes recompensas, que por el momento permanecen secretas, a cambio de su servicio. Si se niega a confesar esta infamia, el príncipe insinúa que la otra alternativa será la muerte.⁴

Aniceto sabe que no puede hacer otra cosa que doblegarse ante la voluntad del amo de Roma. Con resignación, el liberto acepta la misión encomendada, lamentando ya lo que se verá obligado a dejar atrás. Su estatus privilegiado le permitía llevar un gran tren de vida en Roma y saborear todas las delicias que ofrecía una época presentada como una nueva edad de oro desde el inicio del reinado de Nerón. Esto no deja de ser un lugar común del discurso del poder imperial desde Augusto, bajo cuyo reinado los versos de Virgilio y Horacio celebran un siglo bendecido por los dioses, marcado por el sello del emperador.

EL PALATINO,
TEATRO DEL PODER IMPERIAL

El Palatino es el corazón de esta nueva edad de oro, como bien atestiguan los refinados frescos de las casas de Augusto y de Livia. En la residencia de esta última, los lujosos jardines representados en las paredes, verdadero trampantojo bucólico característico del segundo estilo pompeyano, simbolizan la prosperidad y la armonía proporcionadas por Augusto. Hasta la época de Nerón, el estilo pictórico sufre mutaciones, aunque de forma constante el conjunto de la pared está generalmente dividido en diferentes paneles pintados con escenas variadas. Los frescos del cuarto estilo traducen el retorno del gusto por las ilusiones y las perspectivas abiertas a paisajes, que habían sido descartadas por el tercer estilo. La pintura de la época de Nerón presenta cierta síntesis de los períodos precedentes. Se caracteriza asimismo por los adornos dignos de un trabajo de orfebre, a veces casi barrocos, que manifiestan el refinamiento y la sofisticación del arte de la época.

Nerón pretende hacer también de su reinado una nueva era. Los romanos tienen una concepción cíclica del tiempo, alimentada por la esperanza del retorno a un tiempo ideal pasado y lejano. Así pues, cada emperador se siente obligado a ser un nuevo Augusto, un modelo de virtud política a imitar y figura fundadora, incluso un nuevo Rómulo. La ubicación de las residencias imperiales en el Palatino, corazón del imperio y teatro del poder, asocia estrechamente al príncipe con el fundador mítico de Roma. Conforme a la tradición, fue justo a los pies de esta colina donde la loba encontró a Rómulo y Remo, antes de ser recogidos por el pastor Fáustulo. Los arqueólogos creen haber identificado recientemente la gruta que los romanos reconocían como el Lupercal, el antro del

animal que crio a los gemelos, no lejos de la Casa de Augusto. Restos de cabañas, que en la época imperial se identificaban con la morada de Rómulo, se encuentran asimismo en las inmediaciones, como reliquias de los tiempos de la fundación de Roma. La arqueología ha revelado que estos vestigios de agujeros de postes datan efectivamente del siglo VIII a. C., período de los orígenes de Roma cuando el Palatino estaba ocupado.

Durante la época republicana, la colina se convierte en lugar de residencia de la aristocracia romana. Se llena de mansiones lujosas y se erigen templos como el de la Victoria y el de Cibeles en el siglo III a. C. No lejos de este santuario reside Octaviano cuando se convierte, con el nombre de Augusto, en fundador del principado en el año 27 a. C. La topografía de la colina y las modificaciones operadas al final de las guerras civiles marcan el desplazamiento hacia un poder cada vez más monárquico. Son los vectores de la ideología imperial, donde la victoria ocupa una posición central. Con ocasión de la batalla de Nauloco en el 36 a. C., que lo enfrenta a Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, Octaviano formula el voto de consagrar un templo a Apolo en caso de victoria. El dios le concede este favor al triunviro y la dedicatoria del templo se lleva a cabo en el 28 a. C., en el curso de una fastuosa ceremonia.

Respaldado por su victoria sobre Cleopatra y Marco Antonio en Accio en el año 31 a. C., Octaviano se presenta sin duda alguna como el predilecto de la divinidad, de la que se convierte en vecino y protegido: su morada linda con el santuario ricamente decorado de mármol y hace las veces de vestíbulo. Aquel que de ahora en adelante será el príncipe del Senado ocupa una residencia mantenida a expensas del Estado. Protegidos y sostenidos por los dioses, Augusto y sus sucesores ve-

larán a partir de ahora por el pueblo de la Ciudad Eterna y le concederán sus beneficios.

La cercanía cotidiana del príncipe con sus súbditos se traduce en el paisaje. Más abajo de la Casa de Augusto, al sur del Palatino, se sitúa el vasto *Circus Maximus*, el hipódromo, uno de los edificios dedicados al espectáculo más grandes del mundo romano, cuya construcción se atribuye tradicionalmente a Tarquinio el Viejo (quinto rey de Roma) y donde las carreras de carros conocen una incontestable popularidad. Al norte, al otro lado de la colina, se extiende el Foro romano, centro neurálgico de la vida política bajo la República, antes de ser monopolizada por el emperador y de que se desplace su centro de gravedad. El nombre en latín de la colina, *Palatinum*, acaba por confundirse con las moradas de los emperadores.

No obstante, hasta el reinado de Nerón, el lugar de residencia del príncipe no tiene todavía el aspecto monumental e imponente que se le conoce a finales del Alto Imperio. A comienzos de la época imperial, la Casa de Augusto apenas se diferencia de las demás residencias aristocráticas en cuanto a su organización, puesto que dos peristilos estructuran el conjunto en el que se puede distinguir una parte privada y una sección más abierta al público, cuyo núcleo está conformado por un gran *atrium*. Contigua a la Casa de Augusto, la Casa de Livia es otro elemento de este grupo arquitectónico. Las pinturas que se han conservado dejan entrever el grado de refinamiento empleado para embellecer la vida cotidiana del círculo de la familia imperial, donde se suceden salones, aposentos y comedores.

A partir de este núcleo original de la época augústea se ha ido desarrollando a lo largo de las dinastías un complejo de palacios imperiales, que no fueron construidos todos a la vez.

Al contrario, se trata de una yuxtaposición empírica de estructuras erigidas esencialmente entre la época de Augusto y la de los Severos, en el siglo III. Entre la muerte de Augusto y el reinado de Nerón se llevaron a cabo diversas modificaciones. La escenografía de los palacios imperiales traduce una monumentalización del poder y una influencia creciente de la huela del príncipe sobre el espacio, sobre todo bajo Nerón.

En el año 62, este emperador reside sin duda alguna en la Casa de Augusto y en la *Domus Tiberiana*, situada en el ángulo noroeste del Palatino. Seguramente se estableció allí en el momento en que su madre tomó a Claudio por esposo en el 49, mientras proseguían los trabajos emprendidos por sus predecesores. Sin embargo, una vez en el poder, sus proyectos superan con creces lo que los señores de Roma habían realizado hasta el momento. Se dispone a reunir varias de sus propiedades emplazadas entre el Palatino y el Esquilino, dentro de la *Domus Transitoria*, es decir, la «Casa de Paso».

Este conjunto incluye sobre todo la casa paterna de Nerón situada en la Velia, una pequeña colina al este del Foro y en las inmediaciones de la Vía Sacra, y también los jardines de Mecenas en el Esquilino. La *Domus Transitoria* no constituye un conjunto monolítico, sino que se trata más bien de una yuxtaposición de diferentes núcleos y grupos de construcciones y jardines. La *Domus Aurea* (Casa Dorada), construida después del gran incendio del 64, y más adelante la Villa Adriana en Tívoli responden a la misma forma organizativa. La morada erigida tras el desastre es tanto un lugar de residencia como un espacio de pompa en el que se manifiesta la sensibilidad estética del emperador.

Al contrario de lo que ocurre con la *Domus Aurea*, de la *Domus Transitoria* apenas quedan unos pocos vestigios que puedan revelar el refinamiento de estos lugares. El incendio del 64,

por un lado, y las modificaciones de la dinastía de los Flavios, por el otro, han borrado prácticamente todas las huellas. Estos últimos impulsaron la monumentalización de las residencias imperiales e hicieron de ellas palacios majestuosos, con inmensas salas de recepción, expresión de un poder asumido, a partir de este momento, como más monárquico, sobre todo bajo Domiciano (81-96). En el interior de los espacios de la *Domus Transitoria*, las fuentes y los chorros de agua, los mármoles polícromos e incluso los delicados frescos contribuyen a las delicias de la residencia imperial y constituyen un entorno lujoso.

Bajo el palacio de la época flavia, los vestigios conservados más extraordinarios de dicho complejo son los Baños de Livia. Este enclave puede considerarse como un gran ninfeo, es decir, una fuente monumental que proporciona frescor durante los tórridos veranos en los que queda sumida la capital. Una cascada de agua que se desliza a lo largo de una de las paredes de la sala ha de hacer las delicias del visitante, que se encuentra rodeado de columnas de pórfido y de mármoles preciosos. Las bóvedas, decoradas con estucos y pinturas, representan un mundo de criaturas míticas y de héroes de la mitología, que contribuyen a la creación de un ambiente onírico en el enclave. El emperador podía instalarse cómodamente en este antro inspirado en las grutas ornamentadas que en el siglo I experimentan un éxito considerable.

Según el historiador Dion Casio, el palacio imperial fue sede de todos los excesos de Nerón.⁵ En esto habría tenido por modelo a su tío Calígula, objeto de las mismas acusaciones y cuyas excentricidades y actos de crueldad cometidos en la cima del Palatino se complace en enumerar Suetonio. Por otra parte, Dion Casio afirma que antes de la muerte de Agripina, en el momento en que se exacerbaban las tensiones entre el

príncipe y su madre, en el palacio se urdían numerosas intrigas. Entre sus muros se trama también el complot maquinado contra Octavia a fin de repudiarla.

Se comprenden así fácilmente las razones que hacen del palacio imperial un lugar de fantasía en el que el príncipe ejerce su poder absoluto y donde en cualquier momento le puede a uno sobrevenir la desgracia. Lejos de este imaginario, perpetuado sobre todo por los péplums, el día a día del palacio es bastante menos novelesco de lo que sugieren los historiadores antiguos. El gobierno diario del imperio no reside en los supuestos caprichos y excentricidades del príncipe. El palacio es, por el contrario, el marco suntuoso de una corte y de un sistema administrativo complejo garante de la estabilidad del imperio.

ANATOMÍA DE LA CORTE IMPERIAL

Desde los inicios del principado, la residencia del príncipe es el escenario de un ceremonial cortesano que se repite a diario. En realidad, el desarrollo de la jornada del emperador en tiempos de los Julio-Claudios no difiere apenas del de un aristócrata de la Roma republicana o imperial. La diferencia entre el príncipe y las élites sociales y políticas, especialmente las senatoriales, procede ante todo de la dignidad superior que reviste el primero. Desde el reinado de Augusto, el emperador es el *primus inter pares*, es decir, el primero entre sus iguales. El título de «príncipe del Senado» y los numerosos honores particulares de los que goza lo distinguen de los demás senadores.

De hecho, en el momento de la fundación del principado en enero del 27 a. C., no se creó ningún poder específico para

Augusto. Se trata de un conjunto de funciones o de poderes políticos, militares y religiosos ya existentes en la época republicana, concentrados a partir de ahora en sus manos. El consulado, una función que todos los emperadores pueden ejercer varias veces durante su reinado, cinco en el caso de Nerón, puede ser incluso compartido con otro senador. Bajo la República fue la más alta magistratura. Durante el Alto Imperio sigue habiendo también dos cónsules en funciones cada año y sus nombres sirven de referencia en el cómputo de los años, ya se trate de los relatos de historiadores como Tácito o de inscripciones en las ánforas para datar el vino, por ejemplo.

No obstante, Augusto tuvo que renunciar a la renovación anual de su consulado por la hostilidad creciente de ciertos senadores. Por esta razón, a partir del año 23 a. C., asume anualmente el poder tribunicio, es decir, reviste los poderes del tribuno de la plebe, cuya función era inicialmente la de defender los intereses de los plebeyos ante el Senado. Ejercía un control sobre el Senado al poder convocarlo o al oponer un derecho de veto frente a los magistrados. Además, goza de una inmunidad sagrada. En calidad de patricio, es decir, miembro de una gran familia, Augusto y sus sucesores no pueden asumir este cargo reservado a los plebeyos. Tan solo poseen las prerrogativas, pero este núcleo jurídico e institucional se convierte en el fundamento del poder político del príncipe. El poder del emperador es también militar, puesto que posee un *imperium*, un poder de mando, sobre el conjunto de las legiones del imperio, cuya fidelidad ha de ser total.

Desde el punto de vista del discurso oficial del poder, el emperador no puede ser considerado un monarca que ostenta un poder absoluto por nacimiento, a semejanza de un rey de Francia del Antiguo Régimen. Los romanos sienten horror por el régimen de la realeza desde la expulsión de Tarquinio

el Soberbio en 509 a. C. según la fecha canónica. Así pues, cuando en el año 27 a. C. el Senado le confía y confirma a Augusto sus poderes, sus actividades públicas cotidianas se inscriben en la continuidad de las de los magistrados de la República. La gestión de los asuntos públicos y privados reposa sobre los mismos fundamentos. En cambio, la magnitud de los poderes acumulados por el emperador, de forma permanente, justifica la afirmación de un ceremonial que marca cada vez más, a lo largo de las dinastías, la superioridad del príncipe sobre los demás ciudadanos.

Una fuente de época tardía, el *Epitome de Caesaribus* del pseudo-Aurelio Víctor, describe la organización de la vida cotidiana del emperador Vespasiano, que reina tras la muerte de Nerón, entre el 69 y el 79, después de las guerras civiles. El autor, preocupado por transcribir las cualidades morales o los vicios de los emperadores, cuya vida relata, insiste en la regularidad bien organizada del día a día de este príncipe considerado virtuoso.⁶ Por el contrario, el mal príncipe es aquel cuyos quehaceres cotidianos están desorganizados, aquel que, por ejemplo, persigue el gozo de los placeres hasta el alba. Vespasiano se levantaba, pues, en plena noche para tratar de los asuntos públicos, señal del escrúpulo que demuestra en cuanto a la buena gestión del imperio. Después recibe a sus amigos en sus estancias al comienzo de la jornada mientras se calza y viste la indumentaria imperial. A continuación, se entrega a los ejercicios físicos, necesarios para la buena salud del príncipe, y luego efectúa un paseo en litera. Acto seguido, reposa antes de dirigirse a los baños y después al banquete que, junto con la recepción matinal, constituye uno de los puntos culminantes de la jornada del príncipe y de la puesta en escena del poder.

Por la mañana, el recibimiento de los clientes más o menos cercanos al príncipe en el interior de la casa imperial, corres-

ponde al momento de la *salutatio*. No se trata en absoluto de una práctica nueva, puesto que el ritual social y político está ya en vigor bajo la República y conserva toda su importancia en la época imperial. Normalmente, los patronos, los ciudadanos poderosos que disponen de una clientela más o menos amplia acorde con su estatus, reciben cada mañana en el *atrium* de su vivienda a los ciudadanos humildes que buscan la protección de los poderosos. El cliente manifiesta su fidelidad para con su patrón y a cambio se le concede una espuerta consistente en un capazo de alimentos o en una suma de dinero. En contrapartida, se espera su apoyo, por ejemplo, en las campañas electorales si el patrono se postula para una magistratura. La práctica de la *salutatio* en la corte del emperador adquiere una dimensión sin precedentes respecto a los otros ciudadanos influyentes. Existe un protocolo con el fin de determinar la prioridad de acceso al príncipe en función del rango. Cada mañana, el Palatino se convierte, pues, en el corazón palpitante de la ciudad, donde se aglomera una importante muchedumbre deseosa de conseguir la atención del soberano o de solicitar una petición.

En cierto modo, el pueblo romano en su conjunto pertenece a la clientela del príncipe. El ritual de la *salutatio* permite a este último afirmar su autoridad y reforzar los vínculos con aquellos que tienen acceso a su intimidad. Los dos órdenes superiores de ciudadanía, los senadores y los caballeros, ostentan una posición central en la corte por su condición social. Las responsabilidades políticas y militares que les corresponden a estos grupos los convierten en sostenes indispensables del emperador en lo concerniente a la administración del imperio, sobre todo en el seno del consejo del príncipe (*consilium principis*). Básicamente, dicho consejo debe preparar con antelación los debates que tendrán lugar en el Senado. Según los

principios establecidos bajo el reinado de Augusto, la prestigiosa asamblea conserva una autoridad firme y sigue desempeñando un importante papel en los asuntos del imperio.

Ningún emperador podría prescindir de la aprobación de los padres conscriptos que pueden reunirse en la Curia del Foro, aunque también junto a la Casa de Augusto en la biblioteca del templo de Apolo o en el santuario mismo a comienzos del principado. Así pues, pese a la magnitud de sus poderes, el emperador debe garantizar de la mejor manera este equilibrio institucional aunque se trate más que nada de una ficción política, en la que la autoridad del príncipe es superior a cualquier otra. Asimismo, siendo profundamente sensible al mundo griego y a Oriente, Nerón no podía inspirarse más que en el modelo de las monarquías helenísticas, en las que el soberano es venerado como una manifestación divina a lo largo de su vida. Por esta misma razón fue tan detestado Calígula.

Las ambiciones de Nerón y su concepción del poder contravienen también el *modus vivendi* instaurado por Augusto. Los senadores deben, pues, hacer gala de prudencia y de tacto para no caer en desgracia y ser sospechosos de hostilidad hacia el príncipe, o incluso de fomentar un complot. En época de Nerón, todos guardan vivo recuerdo de las derivas del reinado de Calígula, cuando las condenas al exilio y a la confiscación de bienes fueron numerosas, por no mencionar la pena capital en el peor de los casos. La enumeración de las penas de muerte ofrecida por los autores, como Suetonio y Tácito, contribuye a convertir al príncipe en un tirano y a ennegrecer su retrato. En el año 62, el reinado de Nerón se inscribe precisamente en un movimiento de intensificación de la represión contra aquellos considerados adversarios.

Por el contrario, los que gozan de la confianza y de los favores del príncipe pueden conseguir un considerable ascenso

en la corte, como en el caso de Aniceto. El emperador necesita rodearse de hombres de confianza con el objetivo de que le apoyen en el gobierno del imperio y en su toma de decisiones, como Séneca o el prefecto del pretorio Burro, a quien sucede Tigelino a partir del 62. Se comprende pues por qué los amigos y familiares del príncipe ocupan una posición eminente dentro del *consilium principis*.

Tigelino adquiere una influencia notable con Nerón. Su función de prefecto del pretorio está reservada a los ecuestres, y es uno de los grados más elevados de su carrera. La guardia pretoriana está bajo su responsabilidad. Por este motivo, puede ser considerado uno de los personajes más poderosos de Roma después del propio príncipe. Cuando este último está ausente de la capital, el prefecto del pretorio puede hacerse cargo de los asuntos corrientes. Durante el reinado de Tiberio, el prefecto Sejano había alimentado ambiciones desmesuradas mientras el príncipe estaba en Capri, cosa que acabó costándole la vida. La elección de un candidato fiable para esta función es, pues, estratégica para el buen gobierno del imperio. Por otro lado, Nerón obliga a Tigelino a compartir su función con un segundo prefecto.

Además, la seguridad del príncipe es un desafío constante, teniendo en cuenta la gran cantidad de personas que se le acercan cada día. Esta necesidad se ve acrecentada si su política suscita animosidad, como en el caso de Nerón. A fin de cumplir con esta misión, nueve cohortes pretorianas permanecen acantonadas en Roma. Están compuestas por quinientos hombres cada una y conforman un cuerpo de élite. Este prestigio se traduce en un sueldo superior al que perciben los legionarios y un tiempo de servicio de dieciséis años en lugar de los veinte que cumplen estos últimos. Estas tropas han de garantizar la estabilidad en la capital y proteger el núcleo del

poder. Sus vínculos con el príncipe son estrechos. En el momento de la toma de poder, se espera que se distribuya entre los hombres una suma de dinero, el *donativum*, garantía de su fidelidad.

El cuartel de esta guardia, construido en el reinado de Tiberio y organizado como un campamento militar, no se encuentra en el Palatino, sino al noreste de la ciudad, en las afueras, a la altura del Esquilino. Su planta responde a la de un campamento militar clásico cuando las legiones de Roma están en campaña. Los destacamentos se relevan diariamente para salvaguardar al emperador. Los pretorianos aparecen a veces como actores principales de la historia romana. En el año 41, son ellos quienes alzan la espada para asesinar a Calígula, antes de reconocer a Claudio como emperador. A la muerte de este, son también los pretorianos quienes, a instancias de Agripina, aclaman a Nerón como su nuevo príncipe. Hay que añadir a los pretorianos una guardia personal dedicada enteramente al emperador, constituida por caballeros germanos, cuya lealtad no se puede comprar, sobre todo por su mal dominio del latín. La propia Agripina contaba con una guardia formada por germanos, antes de que Nerón terminase retirándosela en el momento en que las relaciones entre madre e hijo se tornaron conflictivas.

GOBERNAR EL DÍA A DÍA

Pese a la necesidad de esta protección reforzada, las jornadas del príncipe no están todas marcadas por las intrigas y amenazas de asesinato, como dejan entrever las biografías antiguas. En el Palatino, el emperador debe doblegarse diariamente a una intensa actividad administrativa y judicial. Esta es la clave

de la gestión eficaz y minuciosa del imperio, de sus provincias y de sus ciudades. Para gobernar se precisa en primer lugar estar bien informado y poder comunicarse rápidamente con los territorios dominados por Roma. La fuerza de las legiones no basta por sí sola. En este sentido, los gobernadores de provincia, que son senadores y caballeros, pueden considerarse los ojos y los oídos del príncipe. Estos informan escrupulosamente acerca de los asuntos de los territorios bajo su responsabilidad, ya se trate de fiscalidad, de justicia o de seguridad, ámbitos que forman parte de su competencia.

El control del imperio reposa pues en un sistema de comunicación eficaz y rápido. Para esto, Augusto desarrolló el servicio de la *vehiculatio*, llamado posteriormente *cursus publicus*. Este sistema de correo imperial consiste en una red de postas repartidas por las carreteras del imperio. Estas paradas permiten a quienes están en posesión de un certificado oficial cambiar de montura o de vehículo para poder desplazarse lo más rápido posible con el fin de transmitir mensajes. La capital polariza así una inmensa nebulosa de flujo procedente de todo el imperio, incluso de más allá de las fronteras, ya sea de correspondencia, de personas o de mercancías. En lo relativo a las cuestiones diplomáticas, se pueden enviar a toda prisa embajadas al emperador, a veces harto lejanas y procedentes de los confines orientales del mundo romano. Como ocurre, por ejemplo, en el contexto de las luchas de influencia entre Roma y el imperio parto respecto al reino de Armenia.

Son numerosas las misivas o peticiones que llegan diariamente a palacio para ser tramitadas por los despachos de la administración imperial. Los archivos situados en las laderas del Capitolio y dominando el Foro, el *Tabularium*, conservan la memoria del gobierno del imperio. Entre los distintos despachos del Palatino, unos gestionan la correspondencia impe-

rial, otros la recepción de solicitudes o incluso los archivos y las finanzas. Un ejército entero de esclavos y libertos del príncipe tiene a su cargo dos misiones principales: la gestión del patrimonio personal del emperador por un lado, del mismo modo que se hace para cualquier otro aristócrata romano; y el tratamiento de los asuntos del imperio por el otro.

Concierne al emperador dirimir los diferentes asuntos que se le someten. Nerón no decide de manera arbitraria según sus caprichos, sino que, como todo emperador, dispone de un arsenal jurídico y administrativo para gobernar eficazmente el imperio diariamente, además de juristas, cuya importancia es cada vez mayor a lo largo de la época imperial. Por ejemplo, el emperador, mediante rescriptos, remite su respuesta, que tiene fuerza de ley, a las cuestiones planteadas por las ciudades. En cuanto a los edictos, se trata de decisiones que emanan directamente del emperador y cuyo contenido tiene valor para todo el imperio. El escrito es un instrumento de poder y las numerosas inscripciones que se exponen en Roma y en todas las ciudades del imperio expresan la voluntad del príncipe, pero también el agradecimiento de los súbditos para con su persona.

Sin embargo, el emperador interviene relativamente poco de forma directa en el día a día de los habitantes de las provincias. Las ciudades gozan de una gestión autónoma por medio de instituciones cívicas locales y bajo la égida del gobernador. El emperador puede ser requerido para cuestiones fiscales y financieras, por ejemplo cuando se emprenden costosos proyectos urbanísticos, como la construcción de acueductos. Ciertas ciudades están a veces al borde de la ruina, y entonces la ayuda de Roma puede ser la salvación. Las ciudades han de manifestar su lealtad si quieren recibir beneficios por parte del príncipe. A Lyon, por ejemplo, Nerón le concede una suma importante de dinero tras un incendio acontecido probable-

mente en el año 65.⁷ Este gesto es un reconocimiento a la capital de las Tres Galias que había intervenido en favor de Roma inmediatamente después del desastre del 64. El emperador puede asimismo conceder a las ciudades fieles un estatuto jurídico o un rango ventajoso, por ejemplo mediante la obtención del título de colonia o de municipio, o incluso mediante la difusión de la ciudadanía romana.

A título individual, el principal privilegio de un ciudadano romano, tanto si vive en Roma como en una provincia de los confines del imperio, es poder beneficiarse del derecho de apelación al emperador con ocasión de un juicio a fin de defender su causa. Bajo el reinado de Nerón, el ejemplo más famoso es el del apóstol Pablo de Tarso, que se dirige a la capital tras un auténtico periplo por el Mediterráneo. Pese a sus intentos, Pablo es finalmente condenado a muerte, y según la tradición, decapitado en el mismo lugar en el que hoy se erige la basílica que le está consagrada. Gobernar implica pues, por parte del emperador, escuchar, arbitrar, juzgar y legislar.

DE ROMA A BRITANIA: UN PODER UNIVERSAL

Desde el reinado de Augusto, el mundo conocido está pacificado y el dominio romano sólidamente establecido. Sin embargo, durante el Alto Imperio, se sucedieron de forma puntual graves crisis que socavaron los mecanismos bien ordenados del poder imperial. Las revueltas violentas requieren una respuesta implacable de Roma para devolver la paz a las provincias cuando esta se ve amenazada. Entre el 60 y el 61, Nerón tuvo que enfrentarse a una de las mayores revueltas del siglo I, más grave todavía que la que afectó al noreste de la Galia en el año 21 bajo el reinado de Tiberio.

En la lejana provincia insular de Britania, conquistada por Claudio, la reina del pueblo de los icenos, Boudica, cuyas hijas habían sido violadas ante sus ojos por militares romanos, provocó una terrible rebelión contra Roma. Varias colonias romanas fueron atacadas, entre ellas *Camulodunum* (Colchester), que quedó reducida a cenizas. La represión desencadenada por Roma estuvo a la altura de la gravedad de la situación. Pese a todo, los asuntos militares más graves, como la mencionada revuelta, no requieren necesariamente la presencia del emperador.

El mando de las legiones corresponde a los senadores en los que el emperador deposita toda su confianza. Este es el caso del ilustre general Corbulo que consigue grandes éxitos en Armenia frente a los partos por cuenta de Nerón. Este reino es una eterna manzana de la discordia entre las dos potencias que se disputan la influencia sobre este territorio. Los últimos años del reinado de Nerón estuvieron también marcados por los desórdenes de Judea, donde la extinción de los últimos rescoldos de la insurrección no se produce hasta comienzos de la época de los Flavios con el sitio de Jerusalén en el año 70 por parte de Tito.

Estos acontecimientos pueden parecer muy lejanos para el pueblo de Roma; sin embargo, cuando se celebra con gran pompa el triunfo por las calles de la capital, las victorias conseguidas en los confines del mundo se convierten en una realidad tangible a la que los romanos se sienten vinculados. El desarrollo de esta ceremonia está estrictamente codificado. El triunfador desfila por las calles de Roma sobre un carro seguido de los hombres que han participado en las campañas. La multitud puede admirar el botín, fruto de las proezas militares realizadas, mientras es transportado por las calles de la ciudad. Los relieves del arco de Tito, que conmemoran el

triunfo celebrado al final de la guerra de Judea y de la toma de Jerusalén bajo los Flavios, representan los objetos sagrados del templo, como la menorá y el Arca de la Alianza, transportados por los soldados. Unos paneles pintados ilustran los grandes momentos de las campañas victoriosas y participan en la elaboración de un relato colectivo. Se trata ante todo de un momento de comunión entre el emperador y sus súbditos, con los que comparte su victoria. Durante el imperio, la celebración del triunfo le corresponde exclusivamente al emperador, aunque este no haya estado presente en el teatro de operaciones.

El punto culminante del desfile es el recorrido de la Vía Sacra, que atraviesa el Foro, antes de emprender el ascenso a la cima del Capitolio. Al final de la procesión del cortejo triunfal, el emperador debe ofrecer un sacrificio a Júpiter, señor de la colina junto con Juno y Minerva. El rostro del triunfador está cubierto de pigmentos rojos para que se le identifique con el dios soberano celeste. Precisamente en el 62 se está construyendo un arco en el Capitolio. En la cúspide del mismo, una cuadriga rodeada de estatuas, quizá de soldados según ciertas monedas, perpetúa en la memoria común las hazañas del príncipe y la protección que los dioses le otorgan, garantizando su victoria sobre los enemigos de Roma.

La Victoria divinizada, representada con rasgos de mujer alada portando una corona vegetal, está muy próxima al príncipe en el Palatino, puesto que posee su templo al lado de la Casa de Augusto. Su presencia recuerda al emperador que cada día ha de trabajar para la *Pax Romana* y someter a los enemigos de Roma. Desde Augusto, los cultos de la Victoria y de la Paz refuerzan la legitimidad del príncipe, sobre todo después de la batalla de Accio en el 31 a. C. frente a Cleopatra VII y Marco Antonio. Nerón se apropia, pues, por completo de este legado

ideológico de Augusto desarrollando al mismo tiempo su propia concepción del poder, inspirada especialmente en Marco Antonio, y consiguiendo así una síntesis original.

EN LA INTIMIDAD DEL PRÍNCIPE

El Palatino, teatro de la vida pública y lugar de poder cargado de simbolismo, es también un espacio de vida e intimidad para el príncipe y sus allegados. Una numerosa servidumbre, compuesta por esclavos y libertos, debe aportar plena satisfacción a las necesidades cotidianas de la familia imperial. Este personal está organizado de manera muy estructurada conforme a las misiones de cada uno. El *Paedagogium* es el espacio en el que se formaba a los sirvientes con el fin de que cumplieren de la mejor manera su tarea. Todo romano rico podía poseer una estructura semejante para la instrucción de sus esclavos, a semejanza de Plinio el Joven, con el objetivo de disponer de un personal cualificado, fuente de distinción para las élites sociales. En lo que respecta a la casa imperial, el edificio que acogía a esta institución hace tiempo que ha sido identificado en la ladera sur del Palatino; no obstante, algunas investigaciones parecen indicar que se situaba más bien en la colina de Celio.

Entre todos estos sirvientes, uno de los puestos más codiciados es el de chambelán (*a cubicolo*), porque comparte la intimidad del príncipe y goza de considerable influencia en la corte. A continuación le siguen cargos muy diversificados, entre ellos los supervisores de los comedores, el sumiller, el responsable del vestuario del emperador o de las joyas. Hay que contar también las cohortes de cocineros que se afanan en las cocinas de palacio para hacer las delicias de la mesa imperial.